RELATOS

Mesa Local de Participación Efectiva de Víctimas de Sumapaz



TRUST

OEA

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.

BOGOTÁ MEJOR PARA TODOS

La Alta Consejería para los Derechos de las Víctimas la Paz y la Reconciliación de la Secretaría General de la Alcaldía Mayor de Bogotá es la responsable de la implementación de las medidas dispuestas en la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras (Ley 1148 de 2011) en el Distrito Capital. Su misión es diseñar y coordinar la política pública de prevención, protección, asistencia, atención y reparación integral a las víctimas del conflicto armado a través del Sistema Distrital de Atención y Reparación Integral a las Víctimas SDARIV con un enfoque participativo, diferencial y transformador que contribuya a la construcción y sostenibilidad de los proyectos de vida de las víctimas del conflicto armado en Bogotá.

Asimismo, La Alta Consejería para los Derechos de las Víctimas la Paz y la Reconciliación contribuye a la construcción de paz a través de la participación de los distintos sectores poblacionales en el Distrito Capital, promocionando y fortaleciendo procesos de memoria que visibilicen las distintas experiencias relacionadas con el conflicto armado, generando así espacios de encuentro y reconciliación.

Cuentos de mi Sumapaz
Historias de resiliencia para la paz

© Alcaldía Mayor de Bogotá

Raúl Buitrago
Secretario General - Alcaldía Mayor de Bogotá

Gustavo Quintero Ardila
Alto Consejero para los Derechos de las Víctimas, la Paz y la Reconciliación

Linda Eddleman
Directora Ejecutiva – The Trust for the Americas

Luz Marina Correa
Gerente de Proyecto - The Trust for the Americas

Textos y Dibujos:
Ángel Alberto Simbaqueva Rivas
Santiago Pacheco
Roberto Quintero González
Paola Medina Tapierc
Carmenza López Ruíz
Martha Cabrera Arce

Editora y Compiladora:
Diana Galindo Cruz

Diseño y diagramación:
Carlos Cepeda Ríos

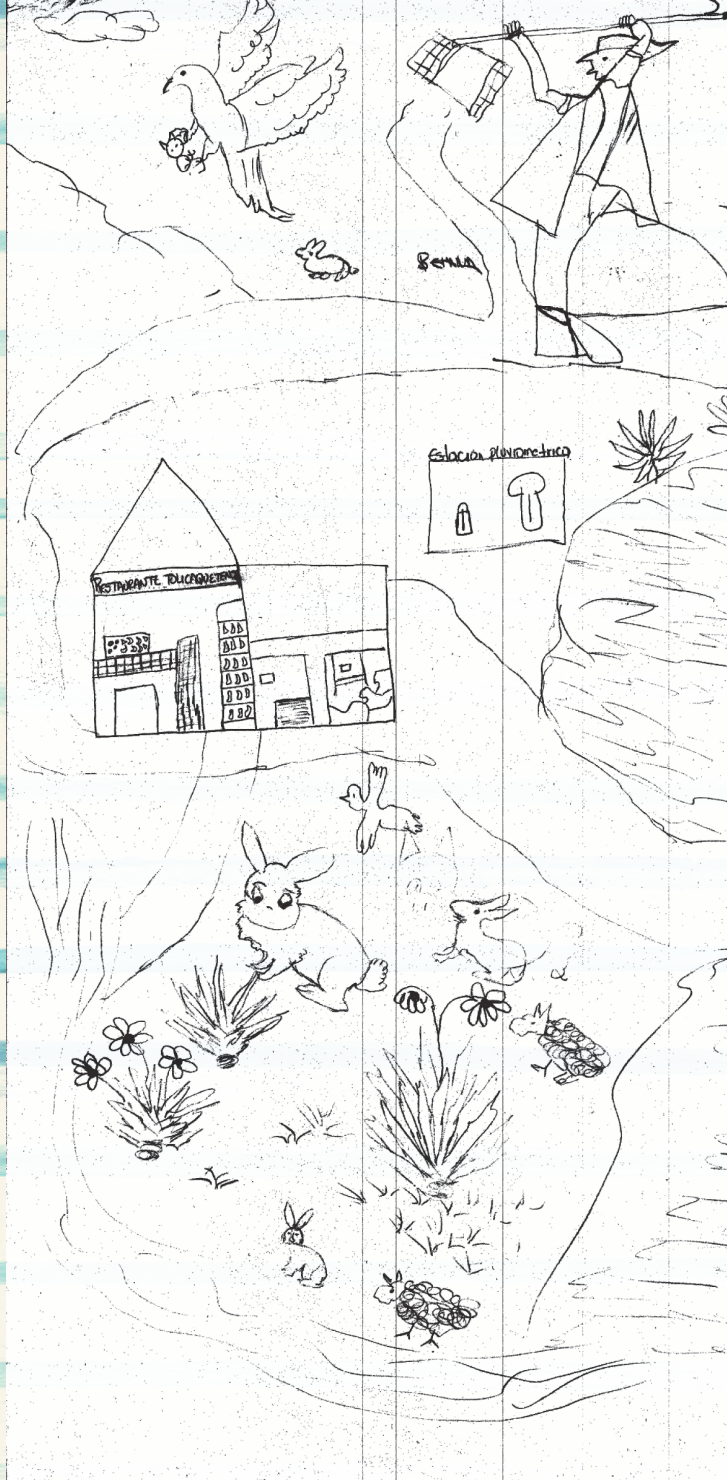
Impresión:
Marketing Product Group S.A.S.

ISBN: 978-958-717-252-2
1000 ejemplares

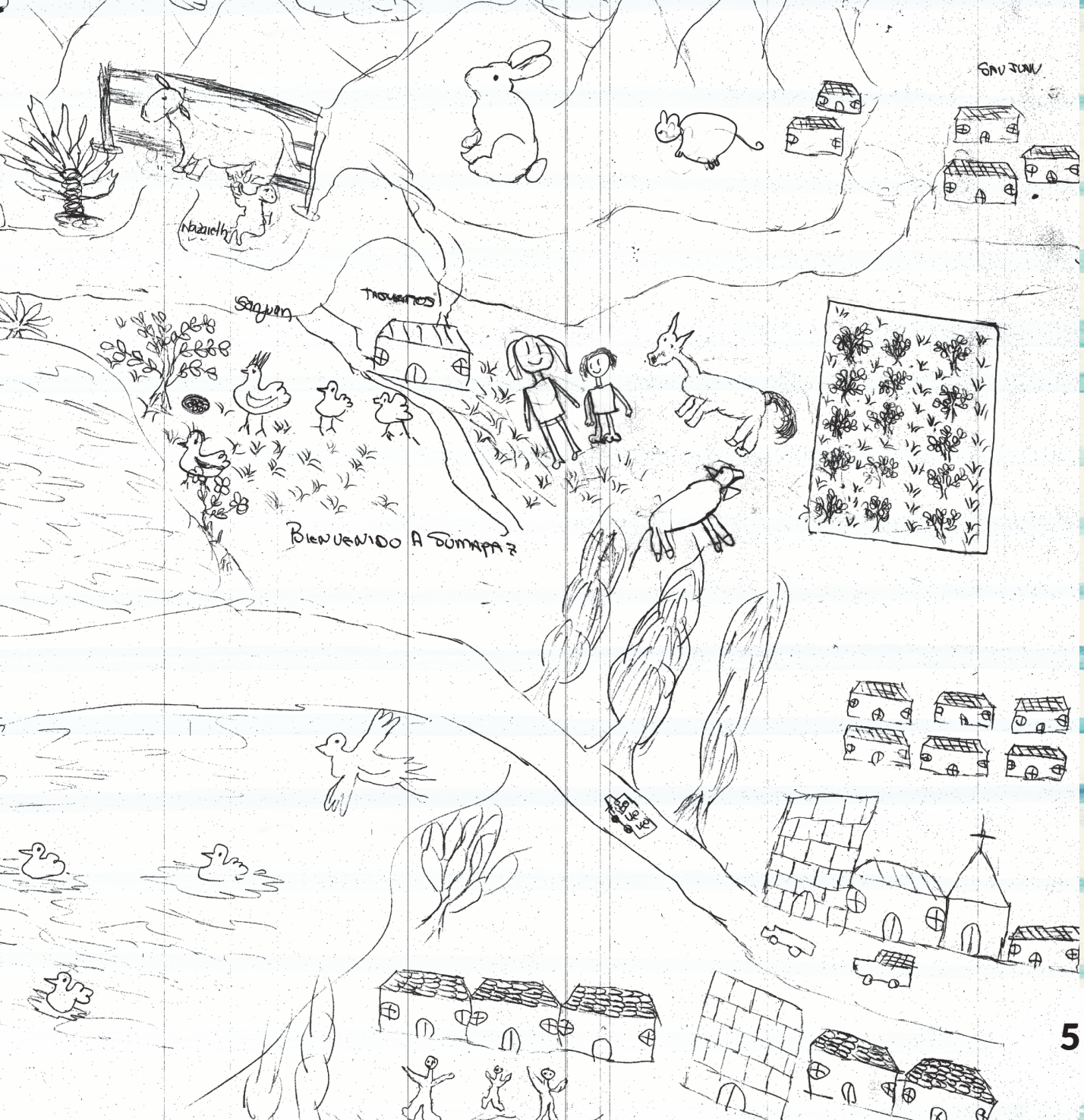
Impreso en Colombia - Printed in Colombia
Bogotá, enero de 2019

Contenido

7
Introducción
11
Chago
12
El Redil
16
La vaca Lola
19
Espantos de mi Sumapaz
26
Memo
33
Sembrando papa



Dibujo realizado de manera colectiva por los participantes del proyecto durante el proceso.


BIENVENIDO A SUMAPAZ

Introducción

La etapa final del presente proyecto, parte de los Laboratorios de Paz desarrollados por The Trust for the Americas, entidad sin fines de lucro afiliada a la Organización de Estados Americanos (OEA) y la Alta Consejería para los Derechos de las Víctimas, la Paz y la Reconciliación, coincidió con la celebración de la quinta versión del Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez; durante los encuentros previos a la entrega del premio, los cinco finalistas hablaron de sus principales influencias literarias (o la angustia de responder a ellas) y sus dispares rutinas de trabajo creativo; al terminar, se mantuvo en el aire la idea de que no hay una fórmula única para escribir cuentos, a pesar de la amplia experiencia de cada participante con la prosa; una finalista, incluso, expresó un "por momentos no tengo idea de lo que estoy haciendo" durante su propio rito escritural.

Si no hay una fórmula, decálogo único o receta para escribir, ¿cómo inducir a algunos pobladores del sector rural de Sumapaz a asumir la labor de escritura de cuentos en unas cuantas sesiones? Esa era la pregunta principal —no la única— detrás del proyecto que procuró recoger relatos escritos por los miembros de la Mesa Local de Participación Efectiva de Víctimas de Sumapaz, localidad 20 de Bogotá, donde la belleza del páramo y sus fuentes hídricas conviven a la par con las consecuencias que ha dejado el conflicto armado colombiano en el territorio, así como con los avances de la tecnificación y la explotación de recursos que amenaza los métodos de sustento más tradicionales de la población.

Los miembros de la Mesa tienen historias dispares con el conflicto, unos por desaparición de sus familiares, otros por el exilio obligado, pero todos tienen en común el amor por el páramo, así como la inexperiencia con la creación literaria. Durante cinco sesiones de trabajo procuré familiarizar a los asistentes más que a un canon literario, a la plasticidad y organicidad de las palabras, así como al reconocimiento de la capacidad narrativa de cada uno, independientemente de si el relato resultaba en un cuento escrito o una conversación informal.

Un aspecto que tuvo que ser discutido con los participantes fue mi nivel de intervención en el texto final; la elaboración de los cuentos entrañaba una serie de desafíos que, además de la falta de experticia y la brevedad de tiempo para su ejecución, incluía la directriz de que estuvieran dirigidos a lectores escolares, lo que implica un manejo distinto del discurso. En la discusión al respecto primó la capacidad comunicativa de los textos sobre el hecho de que fueran creación propia en su totalidad, como si se tratara de un objeto patrimonial digno de ser conservado principalmente por su incuestionable autenticidad. No obstante, se establecieron límites como la necesidad de partir de la idea original de cada uno en cuanto a personajes, situaciones y sobre todo, el mensaje que se deseaba transmitir; incluir por común acuerdo los elementos narrativos que podían enriquecer el texto y, por último, realizar la revisión final de redacción y ortografía siempre bajo su mirada.

“El redil”, se centra en el desplazamiento que tuvo que vivir Ángel Simbaqueva, quien tuvo que abandonar Sumapaz sin saber el porqué; la dureza de la ciudad se mezcla con la añoranza por su anterior estilo de vida, en medio de las dificultades que su invidencia le genera.

“Espantos de mi Sumapaz” resume el ejercicio que Paola Medina adelantó mediante entrevistas con la población, con el fin de recoger leyendas o relatos populares de espantos y hechos fantásticos conocidos en la región. En su interpretación actual se entrevé la huella que ha dejado el conflicto armado en todo nivel, incluso en el folclor.

“Memo” es el resultado del proceso de Carmenza López, lamentablemente una víctima emble mática de Sumapaz tras la desaparición de su esposo Guillermo Leal, edil y líder de la comuni dad, aparentemente a manos de las FARC. Pese a las pruebas de ADN realizadas a los restos, Carmenza permanece a la espera de su regreso.

“Sembrando papa”, de Martha Cabrera, se realizó a partir de un tema recurrente en su conver sación: la tierra del páramo ya se acostumbró a los agroquímicos, haciendo imposible la siembra de productos orgánicos.

“La vaca Lola”, fue realizado por Roberto Quintero, vigilante de la escuela de Santa Rosa donde se desarrollaron la mayoría de talleres, y que fue invitado a participar por su interés en el proceso. Su texto recoge algunas preocupaciones de los sumapaceños respecto al futuro del territorio.

Por último, se incluye un ejercicio en clase realizado por el líder de la Mesa, Santiago Pacheco, y muestra pese a su brevedad otra cara del conflicto sumapaceño, los desplazados de otras regiones (en este caso del caribe colombiano) que buscan refugio en el páramo.

Más que el resultado final, considero que el valor principal del proyecto estuvo en el proceso mismo; el espacio de acercamiento a la literatura, al juego con las palabras e incluso a las ma nualidades, en el que más de una vez nos acercamos a la camaradería y complicidad en medio de risas y algunas lágrimas, no es común en su día a día y menos como parte de las labores de la Mesa de víctimas. Esperamos que esta cartilla se sume a todas las acciones adelantadas en torno al reconocimiento de la localidad de Sumapaz como parte fundamental de la capital y del país en general.

Diana Galindo Cruz
Tallerista

El Redil

Alberto Ángel Simbaqueva Díaz

Campesino en Sumapaz casi toda su vida, sueña con tener una finca en algún lugar de Cundinamarca.
Vive su exilio en la ciudad desde el 2008.

En una aldea vivía una familia de ovejas; Papá Negris trabajaba mucho y Mamá Lanitas estaba en casa casi todo el día. Ellos tenían cinco corderitos: Tato, Pepito, Manchas, Nieves y Sarita, la bebé.

Vivian todos en una aldea de Sumapaz, pequeña pero acogedora, en una casa también pequeña, pero rodeada de toda la naturaleza del páramo; se podía caminar y caminar sin llegar al final.

Un día, Papá Negris quiso ir a pastar a su campo preferido, pero cuando llegó se dio cuenta de que el lugar estaba ocupado. No podía ver a nadie, pero escuchaba voces y había huellas de animales desconocidos. Volvió al redil a contarle a Mamá Lanitas, quien le aconsejó no ir más a ese campo.

Por unos días el Papá Negris pudo pastar en unos campos con maticas menos ricas, pero que quedaba más cerca; a veces iba con uno de sus corderitos, sobre todo con Pepito. Él se dio cuenta primero de que ese campo también estaba ocupado.

—Papá, papá, ¡de entre los arbustos salen gruñidos! ¡Qué hacemos! —dijo Pepito.



El Papá Negris estaba muy preocupado, pero intentó disimular con el corderito.
—No te asustes, Pepito, no es nada. Vamos a la casa que allí Mamá Lanitas tiene otras maticas que podemos comer.

Afortunadamente Mamá Lanitas tenía mucha comida guardada, pero todos extrañaban salir a pastar, tomar el sol y jugar. Pasaron los días en medio de la incertidumbre de no saber quiénes estaban ocupando el lugar.

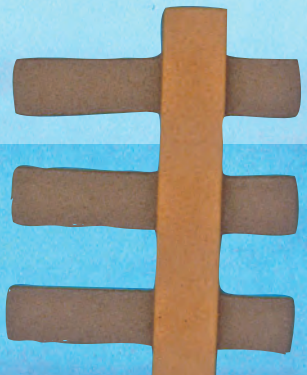
Una noche, cuando todos dormían, se escucharon ruidos muy fuertes, de varios animales arañando la puerta y las ventanas; por los aullidos se dieron cuenta de que era una manada de lobos que quería devorarlos. Los lobos insistieron hasta que se cansaron, pero era claro que no se habían ido.

En un descuido de los lobos, las ovejas cogieron sus cosas y cerraron su casita. Se fueron para la ciudad, donde casi no hay hierbas pero al menos no hay lobos.

Pero apenas llegaron, la ciudad les pareció una selva llena de peligros, con otro tipo de depredadores. No ha sido fácil, pero ahora lo que les importa es seguir juntos; para las ovejas es muy importante vivir en manada.

A veces el Papá Negris cierra sus ojos y recuerda la belleza del páramo con sus ríos y lagunas, sus frailejones y la niebla que lo cubría todo, y se pregunta por qué tuvo que irse de ahí con la Mamá Lanitas y sus cinco corderitos. Ojalá algún día alguien se lo pueda explicar.





Chago

Santiago Pacheco
Abogado barranquillero, defensor de derechos humanos y prisioneros políticos. Víctima del desplazamiento forzado en el 2007.

Parado sobre la piedra forrada en un resbaloso musgo, Chago contemplaba en la distancia el cielo azul que le recordaba el lejano mar caribe, donde una tarde calurosa de febrero rompió de un picotazo la cáscara de huevo donde se encontraba desde hacía veintiún días.

Añoraba el sabor salado de los peces que su madre le enseñó a capturar junto a sus otros ocho hermanitos.

Ese día tuvo la certeza de que, como decía un expresidente, esas carnitas y esos huesitos descansarían algún día en esa tierra caribe.



La vaca

Roberto Quintero
Vigilante de la escuela de Santa Rosa, actualmente construye su propia casa. Víctima del conflicto armado durante los años noventa.

Había una vez una condenada vaca llamada Lola, que era muy inteligente; en las noches ella dormía normalmente en el corral, pero en el día salía al páramo a mirar las cosas de la vida y a reflexionar.

Un día vio que al lugar donde se alimentaba llegó mucha gente a botar basura, y al no saber quién sería esa gente tan mala fue donde su amo, el campesino, y le preguntó:

—Jefe, ¿quiénes son esas personas?

—Lola, a ellos los llaman "turistas", vienen a cada rato —le respondió el campesino.

—Pues no deberían dejarlos llegar acá porque contaminan mucho mi páramo y no se puede beber agua pura —refunfuñó Lola.

El campesino le contó a la vaca que a veces la comunidad se reunía para organizar plantones en las lagunas y frenar el turismo. La vaca Lola se quedó pensando en la conversación y volvió a su corral, pero en vez de dormir se puso a reflexionar en torno a los problemas de la región. Se preguntaba, por ejemplo, por qué la juventud de ahora no se quedaba en el lindo páramo, sino que se mudaba a la ciudad sin aprovechar los proyectos que se podían adelantar allí.

Al siguiente día la vaca Lola salió de nuevo y se puso a observar a los campesinos trabajando duramente; le molestó que tuvieran que esforzarse

Lola

tanto para ir a la ciudad a vender todo bien baratón. ¿Eso tendría algo que ver con la guerra de la que tanto se hablaba? Estaba pensando en eso cuando nuevamente se encontró con el campesino, y preguntó:

—Jefe, ¿por qué hace un tiempo venían aviones a bombardear el páramo?

—Lola, eso fue por el conflicto armado entre la guerrilla y el ejército, y nosotros sufrimos todo eso porque los unos nos acusaban de ayudarles a los otros —explicó el campesino.

La vaca Lola se quedó un rato callada, pensando, y respondió:

—Jefe, no se preocupe que la justicia de Dios nunca falla…

Y así sigue su vida la vaca Lola, averiguando cosas y reflexionando acerca de nuestro bello páramo de Sumapaz.




Los adoro
mis
tesoros...
STOP
Pao-Pao

Espantos de mi Sumapaz

Paola Medina
Madre soltera, emprendedora y con buen sentido del humor. Desplazada de Caquetá con su familia en el 2004.

Esto que les voy a contar es la purita verdad porque me lo dijeron en persona los que lo vivieron. El que quiera creer, que crea, y el que no, que no estorbe.



Una vez, en la pica vía Nazareth, sector Cardonal, se le varó el carro a un sacerdote; se detuvo a repararlo y el carro se rodó y lo mató. Pasado el tiempo un habitante del pueblo llamado Pablo Ríos, que era muy bromista, a cada rato se burlaba del cuento del sacerdote. Una noche iba andando con su camioneta y vio las luces de un carro que venía en sentido contrario; él se orilló pero el carro nada que pasaba. Siguió avanzando hasta que de pronto las luces se apagaron pero

el señor Ríos recorrió toda la vía y no vio un solo carro. Congelado del susto, decidió no volver a burlarse del accidente del sacerdote.



Una historia parecida me contó la señora de la tienda. Una vez ella y su esposo se fueron hacia el retén militar, tipo 6:30 pm; ya llegando a la escuela vieron que venía un camión muy iluminado y decidieron esperarlo en el camino de arriba pero el camión nada que pasaba. Decidieron avanzar hacia el retén pero el camión nunca apareció. Y ella no es la única, muchas personas han visto que en el camino de la Laguna de Chisacá hacia el retén militar aparece un auto a lo lejos pero nunca llega por más que lo esperen. No falta el que dice que es un carro que incendiaron durante el conflicto armado con todos los ocupantes dentro.



¿Alguno ha escuchado del mito de la laguna de Los Tunjos? A mí me contaron que aproximadamente unas cinco décadas atrás los campesinos viajaban por la laguna de Chisacá para llegar a Pasca, Cundinamarca, y que una vez, al señor Dámaso Torres le cogió la noche viajando para La Cajita, vereda del municipio, y le tocó pasar la noche en una cueva que hay detrás de la cordillera. Cuentan que era más o menos las 5:00 am y lo despertaron con música de cuerda, miró a la laguna y vio en la mitad un pequeño pueblo y un conjunto de músicos tocando guitarra. Él contó la anécdota pero nadie le creyó.

Yo sí creo que es cierto porque muchas personas hablan de que hay un tesoro escondido en el fondo de una laguna porque ahí los indígenas hacían sus pagamentos, y que a veces el agua comienza a agitarse y a bramar cuando hay pescadores en el lugar, porque a la laguna no le gusta que se acerquen a la riqueza que esconde.



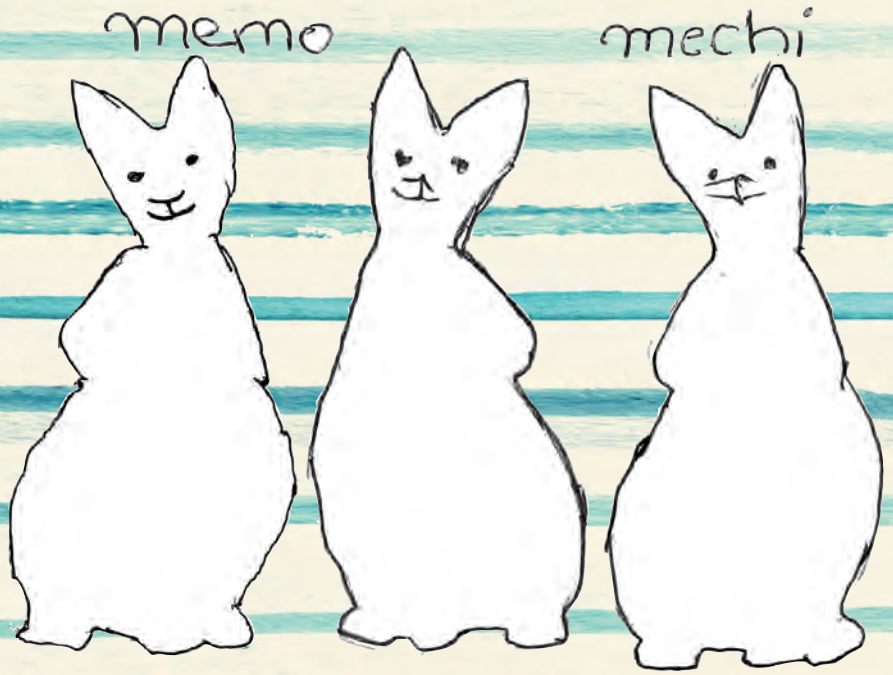
Cuenta el ejército que donde están las cabañas aparece a la madrugada una mujer vestida de blanco que grita y grita, y cuando salen a verla ella corre de pino en pino y desaparece; luego de verla algunos soldados resultan con morados en la piel.

La señora de la tienda también me contaba que una vez estaba con sus tres hijos pequeños y escucharon a una mujer que lloraba y gritaba muy fuerte, se oía como al lado de la escuela pero cuando trataban de acercarse los gritos se escuchaban desde otra parte; a otras personas que les ha pasado lo mismo dicen que si los gritos se sienten cerca es porque está lejos, y si se escuchan lejos es (Dios mío bendito), porque está cerca. Le dicen La Llorona.

Igual, todos en Sumapaz hemos escuchado acerca del espíritu de una muchacha muy hermosa, vestida de blanco, que se le aparece a los hombres por la carretera y les hace perder el camino. Yo me pregunto si será alguna víctima del conflicto, que quiere que no la olviden.

Memo

Carmenza López
Madre y trabajadora, lucha por el esclarecimiento de la verdad en el conflicto armado. Su esposo desapareció en el 2008.



Memo no está. He buscado entre frailejones y macoyas. Vuelvo a la madriguera con la esperanza de encontrarlo al otro día.

Mis hijos Pepe, Manolo y Mono ya están durmiendo, veo que respiran tranquilos y a veces mueven un poco las colitas.

Somos una familia de conejos de Sumapaz, vivimos en una madriguera muy grande, rodeada de muchos conejitos y ubicada en una zona de reserva natural, un sitio hermoso lleno de mucho musgo de paramo y diferentes clases de plantas; bueno, vivíamos, porque sin Memo todo cambió.

Ya han pasado los años, pero siempre recuerdo ese día…

—Menchi, voy a revisar los cultivos, nos vemos en la tarde.
—Ten mucho cuidado con los depredadores, no dejes que te sigan, puedes correr riesgo.

Mis conejitos estaban muy malacostumbrados por Memo, su papá. Ellos siempre estaban disfrutando los mejores sitios de su paramo, de la mejor comida, es decir, tenían su bienestar garantizado. Ahora vivimos en otra madriguera porque un día llegaron unas aves muy grandes que se lo llevaron y no lo volvimos a ver.

—¿Por qué se lo llevaron?
—Mamá, ¿mi papá va a volver?
—Mamá, ¿dónde está mi papá?, ¿sí lo dejan dormir?
—Mamá, pregunta Manolo que qué estará pensando nuestro padre…
—Doña Menchi, ¿y usted qué va hacer?

Por un tiempo solo hubo preguntas y preguntas pero yo quería respuestas.

Memo era experto en excavar y le ayudaba a los demás conejos de la comunidad a hacer sus madrigueras.
Recuerdo que un día excavó y excavó, y pasaban las horas y seguía excavando.
Yo lo esperaba a la entrada del túnel con una bandeja de lechugas, sus favoritas, pero Memo seguía sin salir. De repente, alguien me tocó una orejita. Era Memo.

—¡¿Y tú dónde estabas?! —le pregunté, alegre pero preocupada.

—Es que excavé tanto que llegué hasta la China. Mira, te traje unas nueces.

Nunca supe de dónde sacó esas nueces, en el momento solo me las comí y me reí de las ocurrencias de mi querido Memo.


SENI

Otro día me dijo “¡vamos mi Menchi!”, yo le pregunté a dónde, pero él me repetía “vamos, vamos”, yo no sabía a dónde y además estaba lloviendo, pero él decía que no importaba, que disfrutáramos el día, y luego mis conejitos llegaron brincando y diciendo “¡síííí!, ¡vamos, mami!”. Acepté ir sin



entender muy bien lo que quería Memo: era brincar por el páramo, sentir la lluvia y la libertad, la paz, cada momento significaba vida. Dejamos que anocheciera y nos tiramos al musgo, desde donde observamos como aparecía la luna entre las nubes de nuestro paramo.

El último día Memo se despidió con abrazos y besos, con su manitas nos dijo adiós y nos miraba y mientras se alejaba más y más. Pero no volvió.

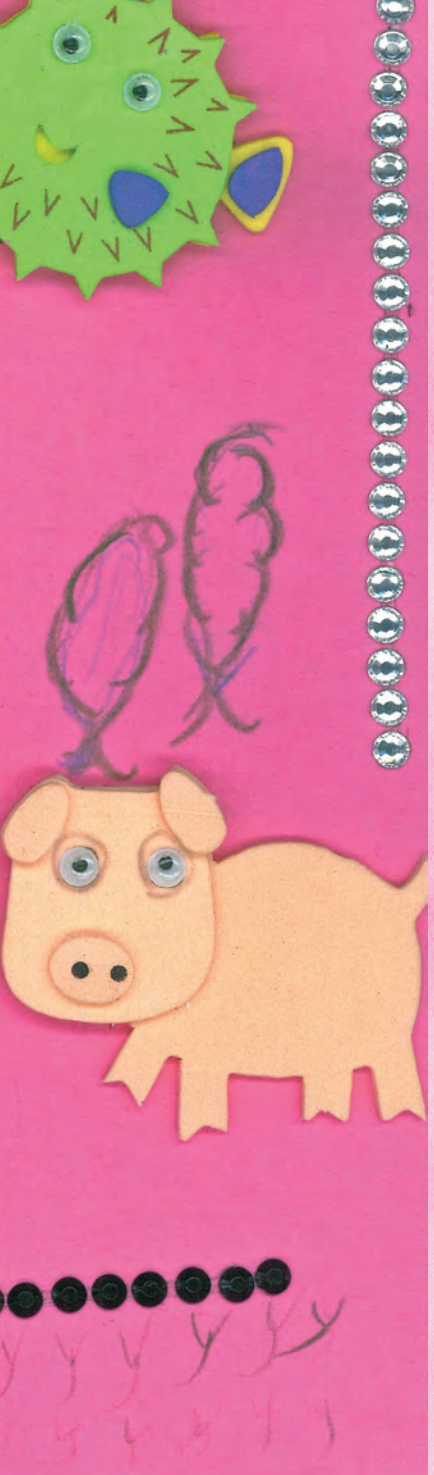
Pasado el tiempo tomé las riendas, nos alejamos de donde Dios nos vio nacer y llegamos a una nueva madriguera; me fortalecí, saqué ánimo de donde no lo tenía, empecé con nuevos cultivos de zanahoria, espinacas, lechugas, etc.

Intento cada día de mi vida complacer a mis conejitos preparándoles su comida favorita, trato de que tengan juguetes para que no sientan la falta de su padre Memo, aunque no es nada fácil.

Yo sigo esperándolo con la bandeja de lechugas que tanto le gustan.




K B M



Sembrando papa

Martha Cabrera
Campesina de Sumapaz, amante de la naturaleza. Tuvo que irse de San José del Guaviare en el 2001

Frijolita y Mechas son las vacas que actualmente ordeño, yo las miro a los ojos y sé si están tranquilas, asustadas o con sueño. Los animalitos del campo son muy sensibles a lo que pasa en el territorio, y yo creo que ellos también notan cómo ha cambiado todo.

La envenenaron y no volvió a ser la misma. A mí me da mucho pesar que eso haya pasado.

Yo me llamo Martha, soy campesina de Sumapaz y me dedico a lo que hay que hacer en el campo, y cuando puedo, siembro lechuga y repollo; zanahoria no porque toca tenerla en invernadero y es mucho complique.
Me gusta cultivar la tierra. Y de ella es de la que estoy hablando, a la tierra la envenenaron.



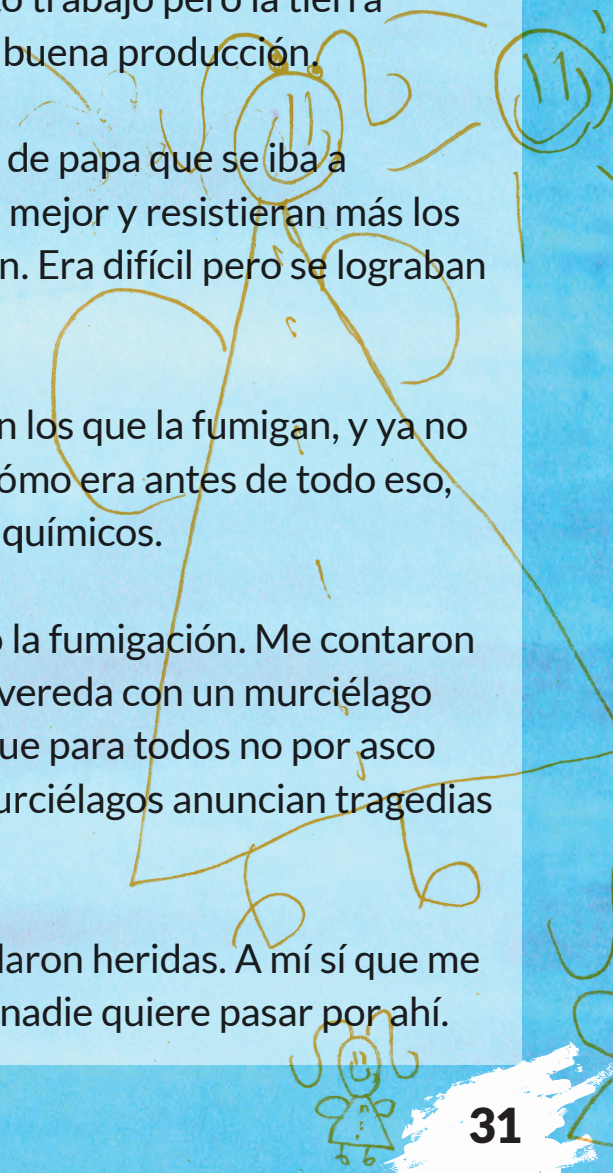
En los tiempos de antes la tierra se quemaba, sobre todo cuando no se había cultivado antes ahí, porque las cenizas de los árboles y otras plantas servían como abono. Yo lo vi hacer, y era harto trabajo pero la tierra quedaba listica y la papa prendía fácil y había buena producción.

Los campesinos teníamos que escoger el tipo de papa que se iba a sembrar, y cruzarlas para que la calidad fuera mejor y resistieran más los bichitos (sobre todo gusanos) que se les pegan. Era difícil pero se lograban las cosechas.

Pero ahora la tierra está llena de químicos con los que la fumigan, y ya no responde al fuego... Ella misma no recuerda cómo era antes de todo eso, los jóvenes tampoco saben cosechar sin usar químicos.

Pero hay otros venenos para la tierra, no solo la fumigación. Me contaron que un día amanecieron todas las casas de la vereda con un murciélago pegado en la puerta o en la pared, y el susto fue para todos no por asco con el animalito, sino porque dicen que los murciélagos anuncian tragedias y pues eso fue lo que pasó.

Un día la tierra estalló y varias personas quedaron heridas. A mí sí que me da miedo eso porque la tierra queda muerta, nadie quiere pasar por ahí.



Pero las vaquitas, los pollitos y yo estamos bien y todos los días nos despertamos en medio de frailejones, con ganas de ver a algún oso de anteojos que le dé por pasar rapidito por donde uno está, o las águilas que pasan de vez en cuando cazando; también nos despertamos con el frio del páramo, porque ese sí que no cambia.

